

consonni

Pia Edvardsen

Una niña hecha y derecha

TRADUCCIÓN
Elena Quesada Gullestad



«¡Conmovedora! La nueva novela de Pia Edvardsen *Una niña hecha y derecha* es un libro sumamente bien hecho sobre no querer ser una misma. Este libro tiene la capacidad de mostrar al lector los sentimientos difíciles y la tristeza que sobrevienen cuando una reconoce que no es quien le gustaría ser. Al mismo tiempo, esta novela nos enseña lo demoledor y destructivo que puede llegar a ser afrontar algo natural con vergüenza y represión. Haber logrado las dos cosas de una sentada es una pequeña gran hazaña».

—**Oda Faremo Lindholm, VG**

«Auténtico hasta la médula. Una novela inquietante sobre el forcejeo y el desgaste entre dos identidades: una en la cabeza y otra, totalmente distinta, en el cuerpo. La descripción que hace Edvardsen de la ansiedad y el desconcierto es totalmente verosímil».

—**Inger Bentzrud, *Dagbladet***

«*Una niña hecha y derecha* es un grito de socorro desde el reino del aislamiento. Ese grito es sensible y delicado y, al mismo tiempo, está lleno de fuerza y vigor. El aislamiento es el reino en el que se acaba si una persona se siente obligada a negar su verdad más profunda. Es más que probable que Pia Edvardsen haya escrito uno de los libros más potentes del año».

—**Hanne-Kristin Wolden, *Klassekampen***

«Pia Edvardsen escribe con voz baja pero urgente sobre sentimientos prohibidos. (...) El libro es emocionante y está bien urdido en su composición y lenguaje. La elección de las palabras es exigente, discreta, pero efectiva. (...) *Una niña hecha y derecha* no es un libro que grite fuerte: viene sin bandera arcoíris o disfraz despampanante. Al mismo tiempo, tiene un efecto notorio en quien lo lee. Un libro importante, un recordatorio lleno de sustancia».

—**Hilde Vesaas, *Dag og Tid***

«Crudo e inesperado sobre negar los deseos propios. (...) Con su forma de narrar sólida Pia Edvardsen nos lleva dentro de una mente afligida y nos muestra las manifestaciones físicas fruto de negarse a una misma. (...) Es esperanzador que este libro haya sido escrito y publicado». —**Thula Kopreitan, NRK**

«La segunda novela de Pia Edvardsen es un relato que confronta al lector con la historia de una mujer que colapsa al intentar negar su orientación sexual. (...) La autora describe de una forma corporal, muy física, cómo es la ansiedad, la soledad y el autodesprecio. (...) La descripción de los corzos al otro lado de su ventana tiene también un efecto, aparte de belleza; consigo estar muy cerca de su mirada, su soledad y, al mismo tiempo, puedo intuir un resquicio de esperanza en la relación que tiene con los animales que siempre vuelven».

—**Sigrid Elise Strømmen, Vårt Land**

«*Una niña hecha y derecha* es una novela de composición casi perfecta. (...) Hacía mucho que no leía un libro noruego tan seguro en su estilo. Una crisis existencial interna de la protagonista se entrelaza, con giros ágiles, con una trama exterior igualmente dramática. Las palabras fluyen sin darte cuenta, te enganchan y se hace difícil abandonar la lectura. Mantiene en vilo al lector de principio a fin. (...) Esta novela ha entrenado mi pensamiento crítico y me ha hecho pensar en mis propios prejuicios. (...) Estéticamente es un libro excelente. Asimismo, la temática es especialmente interesante, y el relato nunca va al ralentí. Resulta claro el afán y la necesidad de la autora de escribir justo esta historia. Es tan bueno el relato que el libro se lee entero de un tirón». —**Magnus Rotevatn, Framtida**

Una niña hecha y derecha

Pia Edvardsen (Oslo, 1987) tiene un máster en literatura nórdica por la Universidad de Oslo. Debutó en 2017 con *Vi var aldri brødre* (*Nunca fuimos hermanos*). *Una niña hecha y derecha* (consonni, 2025) es su segunda novela.



Fotografía: ©Agnete Brun

Una niña hecha y derecha

Pia Edvardsen

Traducción de Elena Quesada Gullestad

The logo for Consonni, featuring the word "consonni" in a white, lowercase, sans-serif font inside a black, stylized speech bubble shape that points upwards and to the left.

consonni

Autoría **Pia Edvardsen**
Traducción del noruego **Elena Quesada Gullestad**
Corrección **Gemma Deza Guil** y **Amelia Pérez**
Diseño de colección y maquetación **Rosa Llop**
Imagen de cubierta **Simona Rota**
Impresión en Galiza **Cosmos Gráfico**

Edición **consonni**
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D
48003 Bilbao
www.consonni.org

Primera edición en español:
mayo de 2025, Bilbao

ISBN: 978-84-19490-45-2
Depósito legal: BI 00520-2025

Edición original en noruego: *En velskapt pike*, Aschehoug, 2024
© Pia Edvardsen, 2024, por mediación de Oslo Literary Agency
© de la traducción, Elena Quesada Gullestad, 2025
© de la imagen de cubierta, Simona Rota, 2025
© de esta edición, consonni ediciones, 2025

Esta obra ha recibido una ayuda a la producción editorial literaria del Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda de NORLA.



consonni es una editorial interdependiente con un espacio cultural en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él. Escrito en minúscula y en constante mutación, consonni es una criatura andrógina y policéfala, con los feminismos y la escucha como superpoderes. Nos la jugamos en las distancias cortas.



Capítulo primero

La casa en la que vivo está justo a la entrada del bosque. Era totalmente blanca cuando la vimos por primera vez. Por los vecinos supimos que una señora mayor había vivido aquí antes que nosotros. El jardín estaba lleno de árboles frutales: manzanos, cerezos, ciruelos y un peral muerto. Tal vez la señora mayor dejó el árbol muerto en pie al lado de los vivos porque creyó que podía volver a la vida y dar fruto de nuevo. O porque no pudo soportar la idea de talarlo. Ahora tampoco yo consigo hacer algo al respecto. Me pongo contenta cuando veo que los pájaros se posan en las ramas muertas.

Cuando compramos la casa, era verano. Íbamos a cumplir veinte ese año, y ninguno de los dos había vivido por su cuenta antes. Lo primero que hicimos fue pintar la casa de verde

oscuro. Lars estaba encima del andamio y pintaba la parte de arriba, yo estaba en el suelo y pintaba la parte de abajo. Él pintaba de manera totalmente uniforme. A mí me salían vetas en la pared, no entendía por qué.

–No tienes suficiente pintura en la brocha.

Se bajó del andamio.

–Mira –dijo–. Así: Moja la brocha y quítale el exceso de pintura. Así.

Primero lo hizo él con su brocha. Después, yo hice lo mismo con la mía.

–Perfecto –dijo y se volvió a subir al andamio–. Ahora lo haces perfecto.

Tenía puestos unos pantalones cortos azul marino y una camiseta vieja gris que no le importaba si se manchaba de pintura. No sentía atracción por él, pero me gustaba mirar cómo extendía la pintura en capas suaves, hasta que la superficie quedaba uniforme y brillante. Cuando terminamos de pintar la casa, hicimos una tarima de madera y una casita para darle de comer a los pájaros. Dentro de la casa ordenamos, limpiamos y movimos los muebles de lugar hasta que todo quedó justo como nosotros queríamos. Por la noche nos acostamos en el suelo del salón, él boca arriba y yo boca abajo. Puso un CD que le gustaba, yo dije que a mí también me gustaba, solo porque era suyo. Todavía tengo que quedarme completamente quieta si ponen alguna de esas canciones en algún lugar, en una tienda de ropa o en un bar. Entonces me pasa: es como si lo oliera en ese lugar.

Nos conocimos a principios de mayo, casi al final de bachillerato. Todos salían de fiesta. Fue la única noche que salí.

Sentía que tenía que hacerlo, aunque sabía que no era lo mío. Quizá esperaba sentir algún tipo de pertenencia. Canciones del verano machaconas sonaban con estrépito desde el equipo de música que habían instalado en el techo de uno de los autobuses de la fiesta. La gente saltaba arriba y abajo al ritmo de la música. Yo no me movía. No sé cuánto tiempo estuvo Lars intentando que le prestara atención. Cuando lo miré, empezó a saltar él también para imitar a los demás. Me tuve que reír, y él se me acercó. Intentó decirme algo, pero era imposible escuchar nada. La música estaba tan alta que la sentía vibrar en el pecho y en la garganta.

—¿Qué? —pregunté.

Intentó decírmelo al oído, rodeando su boca con sus manos para proteger el sonido, pero era imposible. Señaló hacia afuera de la multitud, y yo asentí. Me tomó la mano, pero la soltó una vez que conseguimos abrirnos paso y salir del gentío.

—¿Nos sentamos aquí? —preguntó y señaló con los ojos una escalera.

Notaba su olor dulce. Ese mismo olor impregnaría nuestra casa, las paredes, la ropa, un olor que llegué a pensar que era mi mismo olor, pero que siempre fue su olor. Su cara era fina y tersa. Todavía no le había salido barba. Los dos teníamos puestos pantalones rojos (que señalaban que terminábamos el instituto ese año), pero casi nadie había escrito o firmado en ellos. Su pelo era blanco, así de claro era, y su piel dorada y morena porque había estado en Turquía en Semana Santa. Me lo había contado él.

—¿Has estado alguna vez allí? —preguntó.

Sí había estado, pero aun así dije que no.

—Estuvimos en la playa todo el tiempo —siguió—. Las típicas vacaciones de sol y playa. La próxima vez quiero ver Estambul.

Se había hecho amigo de uno que trabajaba en el hotel y era de allí.

—Tengo su número.

Me gustaba que estuviera orgulloso de una manera tan patente, y había algo en su modo de hablar, como si primero dijera las palabras para sus adentros, antes de soltarlas afuera. Muchos años después supe que de pequeño había tartamudeado.

—¿Qué haces la semana que viene? —preguntó.

—No lo sé.

—¿Te apetece que hagamos algo juntos?

—Quizás.

Sonrió. Parecía más joven de lo que era.

—¿Me das tu número de teléfono?

Yo no le había dado mi número a nadie antes, pero había algo en él que me recordaba a mí misma. No era femenino, pero tampoco especialmente masculino, y quizá fue eso lo que me infundió un sentimiento de esperanza.

Estuvimos juntos casi doce años, desde los dieciocho hasta los veintinueve. Ahora hace más de un año que se fue. No hay el más mínimo ruido en la casa. No escucho la radio, no veo la tele. Es invierno, así que los pájaros también callan, no cantan por la mañana, se sientan en los árboles frutales y picotean las últimas manzanas. Ya casi nunca quedo con nadie. Desde que Lars se fue, evito a la gente. Solo estoy en la casa o en el jardín, o en los alrededores. Tengo amigos, pero los estoy olvidan-

do. Pueden pasar meses sin que sus nombres aparezcan en mi cabeza. La única a la que veo a veces es a Mari. La conozco de toda la vida. Ahora también he dejado de responder a sus mensajes. Es mi amiga más cercana. Aun así, no sabe quién soy: tengo que mentir para relacionarme con los demás.

Los primeros años con Lars quería que el tiempo se detuviera, poder experimentar más, que los instantes se expandieran, se ensancharan y duraran. Ahora solo quiero que el tiempo pase y desaparezca. Si intento imaginarme el futuro, no veo nada. Solo existo, día a día, sin hacer nada en realidad. El estómago se me ha encogido, ya no le cabe casi nada. Escucho zumbidos en la cabeza, como si estuviera vacía. El pelo parece muerto, como paja o pelos de muñeca. La cara está pálida, los ojos grandes y oscuros. Desde hace tiempo, tengo la sensación de no existir, no hay nada en mí que destaque. La que soy existe solo en mi cabeza. No sé cuándo empezó la soledad. Tal vez no me di cuenta de ella hasta que fue demasiado tarde y me llenaba toda entera, o tal vez ha estado siempre ahí. Cuando era pequeña, lo único que funcionaba era romper cosas. Podía destruir a patadas un castillo de arena, arrancar hojas de la libreta y hacerlas pedacitos, romper cosas. Tenía necesidad de arrasar y de aniquilar. De adulta esa necesidad se sustituyó por el deseo de usar toda mi energía físicamente. Podía correr diez kilómetros todos los días, hacer ejercicios de fuerza en el jardín, lavar el coche, montar estanterías nuevas en el trastero, llevar balas de heno del remolque hasta el sótano. No paraba desde por la mañana temprano hasta por la noche, todo por intentar quitarme del cuerpo esa sensación que se sentía como un error. Quería

cansarme hasta tal punto que los sueños me abandonaran, y que el apetito sexual y los instintos desaparecieran.

Pero no desaparecían.

Estoy tumbada en el dormitorio, con las manos presionando con fuerza contra el pecho. El corazón late rápido y luego se queda quieto, hasta que vuelve a latir de nuevo. Siento con claridad cómo se mueve. Se acerca más y más al tórax, como si estuviera justo debajo de la piel. Tengo las dos palmas de las manos contra el pecho y presiono todo lo que puedo. Es un pequeño alivio, pero cada vez que bajo la presión, el corazón empieza a aporrear de nuevo. He tenido palpitaciones antes, pero nunca así. Antes las palpitaciones desaparecían si me quedaba tumbada quieta el tiempo suficiente y respiraba despacio, pero ahora no consigo que paren. Marco el número de la recepción del centro de salud y me acerco el teléfono a la oreja, apretando con fuerza. Tras cuatro señales de llamada, responden:

—¿En qué puedo ayudarle?

—Le pasa algo a mi corazón. No consigo que lata bien. Siento que no puedo respirar.

—¿Desde cuándo se encuentra así?

—Desde ayer por la noche.

—¿Se ha tomado el pulso?

—No.

—¿Está sola o acompañada?

—Estoy sola.

—¿Está en condiciones de conducir?

—Sí.

La recepcionista dice que puedo ir de inmediato. Me levanto de la cama e intento recuperar el aliento, me pongo un pantalón de deporte gris y un jersey gordo. No encuentro las llaves del coche, he empezado a olvidar dónde dejo las cosas. Me pasa igual con las horas y los días, desaparecen para mí. Hay semanas enteras de las que ya no puedo dar cuenta, son manchas negras en mi conciencia. Al final, encuentro las llaves en un cuenco sobre la encimera.

El centro de salud está a quince minutos. El volante está frío, y no llevo los guantes puestos. Soy buena conduciendo, pero ahora tengo que concentrarme para que el coche no se salga del carril correcto. Paso por delante de casa de mi madre, hay luz en la cocina. Antes la veía casi todos los días. Venía con la compra, o yo iba a su casa a comer. Ahora ya no lo consigo. Me llama varias veces a la semana, me pregunta cómo van las cosas: si quiero ir a su casa, si puede hacer algo por mí. No me apetece que vea cómo he empezado a vivir. La nevera está casi vacía, no hay velas en las ventanas ni sobre la mesa por la noche, no compro flores, no riego las plantas. No dejo que nadie se me acerque. Lo único que quiero es que me dejen en paz. Ya hace tiempo que dejé de desear que alguien me hablara.

Hay solo otros dos coches aparcados en frente del centro de salud, un Peugeot azul y un Tesla blanco. Meto el coche de culo en la plaza de aparcamiento más alejada. En la recepción no informo de mi llegada, miro de pasada el laboratorio, donde una mujer está de espaldas y ocupada con algo. Subo la escalera hasta la primera planta. Andreas

es mi médico de cabecera desde hace más de diez años. La puerta de su consulta está entreabierta. No pasa mucho tiempo hasta que sale.

—¿Qué sucede? —pregunta acercándose a mí.

—Me duele mucho el corazón —digo— o el pecho.

No sé de dónde viene el dolor exactamente. Quién sabe dónde está el corazón en realidad.

—Quítate el jersey y tumbate ahí —dice y señala una camilla sobre la que ha colocado una capa de papel crepé.

Se lava las manos con jabón, se seca y tira el papel en la papelera que hay al lado de la puerta.

—Vale —se dice a sí mismo o a mí, antes de ir a por el estetoscopio—. Intenta respirar de la manera más normal que puedas. Voy a auscultarte.

Me tiembla todo el cuerpo, mis piernas no paran de moverse. Pongo los brazos muy pegados al cuerpo e intento respirar con tranquilidad, pero es como si solo pudiera inspirar, como si todo el aire se quedara dentro de mí y me presionara los órganos hacia arriba, de la barriga al pecho, a la garganta. Andreas me toma el pulso en la muñeca. La piel reacciona dando un respingo, se estremece al contacto con sus dedos calientes, siento un escalofrío repentino.

—El corazón late de forma irregular —dice y echa la mirada hacia la parte baja de mi cuerpo. Pone su mano sobre mi muslo—. Vamos a tener que hacerte un electrocardiograma.

Me pongo nerviosa, me da miedo pensar qué pueden encontrar. Una enfermera, la misma que algunas veces está en recepción, entra. Tiene la edad de mi madre y seguramente se jubile pronto.

—Le tengo que poner esto —dice.

Me quito el jersey y me quedo en sujetador. Me coloca electrodos en el tórax.

—No duele, pero es importante que se esté quieta.

Es en ese momento, al notar lo calientes que tiene las manos, cuando me doy cuenta de que estoy helada.

—Intente respirar con el abdomen. Si sigue temblando así, los electrodos no van a funcionar.

Tomo aire y lo suelto lentamente mientras intento imaginar cómo se llenan los pulmones de la cantidad de aire adecuada. Al final, la enfermera lo consigue. Andreas mira la pantalla.

—Tienes una frecuencia desigual —dice—. Tu pulso se mueve entre 70 y 100. Te tenemos que enviar al hospital. Allí tienen equipos y máquinas mucho mejores que las que tenemos aquí.

La enfermera me quita los electrodos. Me vuelvo a poner el jersey con cuidado. Es azul con rayas blancas. Me lo tejí la abuela de Lars. Me encanta, lo uso todo el invierno y espero que nunca se estropee. Andreas me pasa el papelito con la remisión al especialista. No quiero ir al hospital. No quiero que me den un diagnóstico, que intenten averiguar quién soy y qué es lo que falla dentro de mí, pero no me atrevo a volver a casa tampoco.

—¿Te puede llevar tu padre en coche?

Es el médico de mis padres también y sabe que mi madre no tiene carné de conducir. Vivimos muy cerca los tres. Nuestras casas forman un triángulo, con el bosque en medio. Cuando se separaron hace dieciséis años, mi padre se mudó a un piso de tres habitaciones, situado en uno de los bloques bajos, que están al lado de los campos de fútbol. Sigue vi-

Traducción

Elena Quesada Gullestad (Málaga, 1991) es graduada en traducción e interpretación por las universidades de Málaga y Leipzig, y máster en literatura latinoamericana por la universidad de Bergen. Tiene estudios de pedagogía, teología, matemáticas y artes escénicas.

Imagen de cubierta

Simona Rota compagina la fotografía con su trayectoria en comunicación. En sus series personales, se centra en los espacios alterados por la presencia humana. En sus trabajos documentales destacan la participación en la misión *Survey Barcelona* del Ayuntamiento de Barcelona y *Soviet Modernism* del Museo de Arquitectura de Viena. Su fotolibro *Ostalgia* ganó el Premio PHotoEspaña 2014.

La fotografía *Crisálida* sugiere que, tras una aparente quietud, puede ocurrir una profunda transformación interna.

La colección **El origen del mundo** rastrea otras formas de pensar, sentir y representar la vida. Resignificamos el título del conocido cuadro de Courbet desde una mirada feminista e irónica, para ahondar en la relación entre ciencia, economía, cultura y territorio. Literatura que especula, ficciona y disecciona realidades. Sumergidas en la turbulencia, amplificamos ideas contagiosas y activamos teorías del comienzo.

Grupo asesor

Esta colección se gestó inesperadamente en una comida de cumpleaños de una amiga, a partir de la insistencia por traducir y publicar otras voces. Fieles a este espíritu original, conformamos un grupo asesor en contenidos. No un reducido comité de expertos, sino una muestra de la comunidad amplia y diversa a la que apelamos. Conformamos así una sociedad no secreta con la que compartir conocimientos, a la que escuchamos propuestas. Algunas se publican en esta colección o saltan a otra, algunas se quedan en la recámara, otras no serán. Queremos visibilizar este apoyo y asesoramiento generoso y muchas veces informal, que muchas de vosotras nos vais proporcionando. Entre otras inspiraciones, en 2025 este grupo flexible que nos ha propuesto contenidos ha estado principalmente compuesto por: Ixiar Rozas, Maielis González, Leire Milikua, Helen Torres, María Ptqk, Blanca de la Torre, Teresa López-Pellisa, Elisa McCausland, Rosa Casado, *Pikara Magazine*, Arantxa Mendiharat, Arrate Hidalgo, María Navarro, Remedios Vincent, Daniel García Andújar, Verónica Gerber Bicecci, Iván de la Nuez, Alicia Kopf, María Colera, Cabello/Carceller, Cristina Ramos González, Rosa Llop, Claudio Iglesias, Constantino Bértolo, Tamara Tenenbaum, Tania Pleitez, Marta Rebón, Rakel Esparza, Lilian Fernández Hall, Mariano Villarreal, Jorge Carrión, Beñat Sarasola, Katixa Agirre, Goizalde Landabaso, Uxue Alberdi, Carlos Almela, Txani Rodríguez, Mónica Nepote, Laura Casielles, Itzea Goikolea Amiano, Ana González Navarro, Mercedes Melchor, Luz Gómez, Georgina Monge López, Leire Bilbao, Elena Medel, Elisabeth Massana...

Este título ha sido sugerido por la traductora Elena Quesada Gullestad, y la artista de la imagen de cubierta, por el arquitecto Beñat Saratxaga.

www.consonni.org

Producimos y editamos cultura crítica

El origen del mundo

Una niña hecha y derecha se terminó de imprimir por Cosmos Gráfico, en Cambre, Galiza, el 30 de abril de 2025, en el aniversario del nacimiento del escritor y bertsolari euskaldun Bilintx (Donostia, 1831); de la eminente geóloga y paleontóloga escocesa María Gordon (Monymusk, 1864), que se convierte en la primera mujer en conseguir el título de doctor de la Ciencia de la Universidad de Londres; de Jaroslav Hašek (Praga, 1884), escritor checo conocido por su sátira antimilitarista *El buen soldado Švejk*; de Lucie Mannheim (Berlín, 1899), una actriz alemana destacada en cine y teatro, especialmente en Alemania y el Reino Unido, en la época de entreguerras; del pintor y escultor español Fernando Briones (Écija, 1913), conocido por su obra figurativa y abstracta; de la historiadora y activista feminista estadounidense Gerda Lerner (Viena, 1920), pionera en los estudios sobre la historia de las mujeres; del escritor, crítico literario y ensayista uruguayo Ángel Rama (Montevideo, 1926), destacado por su labor en la historia de la literatura latinoamericana y su enfoque en la sociología literaria; del filósofo y psicoanalista francés Félix Guattari (Villeneuve-les-Sablons, 1930), conocido por su trabajo en filosofía política y sus colaboraciones con Gilles Deleuze en el campo de la teoría social; del destacado activista argentino LGBTQ+ Batato Barea, (Junín, 1961), figura central en la escena cultural y artística de Buenos Aires, con un trabajo que abarcó teatro, *performance* y música, y reconocido por abordar cuestiones de identidad sexual y de género. Por mencionar tan solo a algunas de las muchas activadoras de comienzos.

Desde la adolescencia, Pia ha vivido en una relación heterosexual. Pero no puede seguir siendo quien no es. Cuando un día se atreve a reconocer lo que realmente piensa y siente, se apodera de ella una ansiedad insoportable. Hay muchas historias sobre personas no aceptadas por su entorno, sobre familias y sociedades que intentan moldearlas a su imagen. Pero en esta novela, es la propia protagonista quien lleva su negación al extremo, hasta el punto de querer desaparecer para convertirse en alguien distinto.

Basada en su experiencia con la terapia de conversión, Pia Edvardsen ha escrito una novela profundamente delicada y conmovedora. Con este, su segundo libro, ha conquistado a la crítica noruega, que ha destacado la autenticidad y la sensibilidad con la que aborda la vergüenza y la negación de uno mismo. Una novela incómoda, impactante y exquisitamente elaborada que desmiente el mito de que la diversidad está plenamente aceptada y que advierte sobre los peligros de las terapias de conversión. Incluso en una familia progresista de Noruega, la heterosexualidad sigue siendo la norma, hasta el punto de llevar a una mujer a negar su deseo, su cuerpo, su vida.

«Pia Edvardsen ha escrito uno de los libros más potentes del año».

—**Hanne-Kristin Wolden, Klassekampens Bokmagasinet**

«Conmovedor. Un libro sumamente bien hecho sobre no querer ser una misma».

—**Oda Faremo Lindholm, VG**

«Auténtico hasta la médula. Una novela inquietante sobre el forcejeo y el desgaste entre dos identidades: una en la cabeza y otra, totalmente distinta, en el cuerpo».

—**Inger Bentzrud, Dagbladet**

«Un libro emocionante: bien fraguado en su composición y urdido con un lenguaje delicado y preciso».

—**Hilde Vesaas, Dag og Tid**

IMAGEN DE CUBIERTA

Simona Rota



9 788419 490452

consonni

Producimos y editamos cultura crítica
www.consonni.org